

MASONERÍA E IDEOLOGÍA DEL MUNDO DE HOY

POR

JOSÉ ANTONIO ULLATE (*)

Cuando a alguien no familiarizado con la masonería se le explican los principios de la institución y se le describen sus ritos y símbolos, suele producirse una reacción doble. Por un lado, al analizar los fundamentos intelectuales de la masonería (deísmo, ateísmo práctico, creencia en el progreso, laicismo...), la persona en cuestión advierte que en gran medida son los mismos que dan forma al pensamiento de la mayoría de nuestros contemporáneos y, muy probablemente, también al suyo propio. De hecho, no sólo los individuos, sino las sociedades de hoy se identifican largamente con el ideal “neutral” defendido por la masonería.

La segunda reacción tiene que ver con los rituales y con los símbolos, es decir, con la parte más esotérica y propiamente disciplinar de la masonería. En este sentido, la objeción frecuente suele ser: “No entiendo qué puede llevar a una persona a afiliarse a una organización en la que se hacen cosas tan raras”. El aparato ceremonial, las leyendas y los sofisticados simbolismos resultan en general extraños al hombre contemporáneo, habitualmente más atraído por un tipo de esoterismo más superficial y de entretenimiento, con el que no adquiere vinculaciones serias.

Estas dos reacciones reflejan la paradójica situación actual de la masonería. Decía el Gran Maestro Gamberini que “la masonería tiene un solo modo de vencer: cuando el mundo profano acoge sus

(*) Nuestro querido colaborador, José Antonio Ullate, ha dado a la estampa, con los tipos de Libros Libres un excelente ensayo titulado *El secreto masónico desvelado*, Madrid, 2007. Con la autorización del autor y editor, que agradecemos sinceramente, es un placer para *Verbo* publicar su conclusión, bajo el título original ligeramente adaptado (N. de la R.).

principios, cuando estos se convierten en patrimonio definitivo e inalienable de la humanidad entera, cuando hasta los adversarios se contradicen y los profesan como si fueran suyos”. Este es el triunfo de la masonería, sí, pero desde el punto estrictamente organizativo, probablemente significa también su decadencia.

La filosofía masónica, tal como hasta aquí ha sido descrita, desborda ampliamente los confines de la organización: los grandes temas del agnosticismo dogmático, del relativismo moral, de la creencia en el progreso ilimitado, del laicismo... se han convertido en el telón de fondo de la vida de nuestros contemporáneos.

Retomando la distinción de Massimo della Campa entre masonería “doctrina” y masonería “organización”, puede que la masonería organización haya perdido gran parte de su vitalidad y que incluso languidezca en casi todos los países, pero indiscutiblemente los principios de la masonería se han impuesto, integrándose en la vida cotidiana de la gran mayoría de los habitantes del mundo occidental. Es difícil que usted y yo nos sustraigamos a la influencia de estos principios, influjo que se traduce en la tentación, hoy intensa, de que nuestras convicciones pierdan su firmeza y adquieran una blandura y provisionalidad que las haga aceptables socialmente.

La masonería es un vehículo para transmitir un sistema ético y doctrinal. Es innegable que ha cumplido su misión, una tarea en la que no ha estado sola, pues esos principios, que se originaron fuera de la masonería, han sido defendidos por muchos otros. Una vez más nos damos cuenta de cómo una excesiva obsesión con la organización masónica, un exagerado interés por la hipotética condición masónica de algunos personajes clave de la Historia, ha traído como consecuencia una inflación de la importancia de la institución en sí misma (que, indudablemente la ha tenido y la tiene, como advirtieron los papas), en detrimento de un atento estudio de sus ideas, de la génesis de éstas y de su progresiva difusión en nuestro mundo (como también señalaron los romanos pontífices).

Era conveniente dedicar, pues, un libro a reflexionar sobre la ideología de la masonería, en medio de tantos libros –partidarios y adversarios– centrados en la organización masónica y en las hazañas y bajezas de sus miembros. Convenía para que el lector interesado pudiera encontrar de forma –más o menos– resumida una respues-

ta satisfactoria a la pregunta: ¿qué es la masonería?, al margen de los mencionados elencos de agravios o de logros.

¿Qué les ha sucedido a los católicos?

Una vez expuesta la ideología masónica y sus componentes esenciales, y una vez señalada también la extraordinaria difusión de un tipo de pensamiento similar al masónico en nuestra sociedad, aún quedan algunas observaciones por hacer relacionadas con la fe católica. Hemos visto cómo la Iglesia advertía severamente contra la adhesión a las logias, pero no sólo: la mayor preocupación del Magisterio iba dirigida contra los que denominó “errores modernos”. El naturalismo, el indiferentismo religioso, el laicismo, la negación de los derechos exclusivos de Nuestro Señor Jesucristo, la creencia en un progreso continuo son algunos de esos errores modernos que, si bien encuentran acogida en la masonería, no se limitan a ella.

En general pervive entre los católicos una imprecisa noción de que no es lícito ingresar en la hermandad masónica, noción lo suficientemente débil como para no suponer una traba real para quienes se plantean seriamente la posibilidad de afiliarse a la entidad. En lo tocante a los principios, a los “errores modernos”, no da la impresión de que la masa de los católicos estemos suficientemente en guardia contra su influjo en nuestras vidas.

¿Qué puede empujar a un católico para hacerse masón? La afiliación a la masonería supone el ingreso en un círculo exclusivo, algo que, por sí solo, tiene un poderoso atractivo para ciertos espíritus superficiales. Ése, junto a algunas confusas expectativas materiales, puede ser un factor coadyuvante, aunque difícilmente decisivo. La esencia de la masonería organización reside en su calidad de estructura de transmisión de una doctrina iniciática. Aunque la doctrina masónica, ampliamente considerada, excede las fronteras de la institución, ésta sigue conservando para muchas personas el atractivo de un sistema organizado, la fuerza atractiva de la adhesión a un grupo. Pero, ¿qué puede buscar un católico tras las columnas de la logia? El bautizado que decide iniciarse en la masonería está demostrando un desafecto y un desconocimiento de su religión,

un desafecto y un desconocimiento que se perciben también en una multitud de católicos familiarizados con los errores modernos.

El “católico masón”

La vida de la gracia es el comienzo del Cielo en la tierra. El cristianismo consiste en la gratuita adquisición de la condición de hijos de Dios y su desarrollo, merced a los medios sobrenaturales que nos ofrece la Iglesia. No hay riqueza alguna, no hay excelencia ni placer en esta tierra, que pueda asemejarse a la intimidad con Dios. Ningún bien creado puede legítimamente interponerse entre el alma del cristiano y su Creador que viene a hacer morada en él, pero los bienes que Dios ha creado pueden y deben usarse ordenados a esa unión con Dios. Cuando los autores espirituales hablan de menospreciar el mundo no están diciendo que las cosas creadas sean malas, sino que recuerdan que en nuestra condición no nos es posible verlas como las ve Dios (“Y vio Dios que eran buenas”), y que aunque conozcamos su bondad esencial, debemos tener presente que ejercen sobre nosotros una atracción que fácilmente absorbe nuestra atención y nuestro interés dominante. Vivir para el mundo o vivir para Dios, es la disyuntiva del cristiano. Entre las tentaciones que asedian al católico, una especialmente insidiosa consiste en querer “vivir para Dios y para el mundo”, eliminando la alternativa, buscando atajos que nos permitan conciliar los dos amores. Ese camino de tibieza espiritual, que estanca el progreso del alma, fomenta en ella espejismos que la alejan más y más de su fuente de agua viva. No es una tentación nueva, todas las almas, en todas las épocas la sufren. El cristiano así desorientado empieza a buscar el agua que calme su sed espiritual en objetos que no pueden saciarle. Bajo esta influencia, el cristianismo languidece socialmente: queda reducido a un cristianismo aguado que ya no recuerda la infinita potencia de la fe, y si aún cree algo, desde luego no espera nada de Cristo aquí y ahora: su esperanza la pone en su trabajo, en sus logros, sus diversiones, sus placeres, su reconocimiento social...

Sin embargo el alma, “naturalmente cristiana”, busca una entrega total, religiosa, de adoración. He aquí que personas que sienten fuertemente esa necesidad de “religión” y que han nacido o han

vivido dentro de un cristianismo desvirtuado, pueden creer que creen en Cristo y al mismo tiempo, buscar “algo más”. Un algo más que si no en la teoría, ciertamente sí en la práctica, en el afecto de esos cristianos se sitúa por encima de Cristo.

El ex maestro masón John Salza explica cómo algunos católicos tienden a ver los rituales de la masonería “no como algo paralelo o alternativo al cristianismo sino más bien como algo subordinado y complementario al cristianismo. El uso que se hace dentro de las logias, en algunos rituales, de algunos pasajes del Nuevo Testamento puede favorecer esa impresión”. Salza continúa explicando que ese uso –en el que suprimen las referencias a Jesucristo– “no está pensado para inculcar la doctrina cristiana a sus miembros. Estos pasajes se usan para confundir a los bautizados haciéndoles pensar que la logia es una entidad cristiana, mientras en realidad les van empujando a aceptar la visión masónica del mundo que incluye el relativismo religioso”.

Así, con la conciencia tranquila, un católico desgajado de la vida espiritual, puede llegar a creer que “la logia es una entidad cristiana”, mientras se aleja más y más de la fe. Un católico semejante no considerará demasiado grave que los papas hayan alertado sobre la imposibilidad de seguir siendo católico al ingresar en la masonería, pues se trata –para él– de cosas lejanas, cambiantes y de poco valor.

Pero, después de todo ¿por qué tomarse la molestia de dar ese paso hacia la logia, cuando uno se puede tranquilamente dejar llevar por el pensamiento socialmente dominante hoy, tan afín a la filosofía masónica? El Padre Edward Leen, en una obra magnífica (*¿Por qué la Cruz?*) observaba que “el gran anhelo del corazón de todos los hombres es el de encontrar una teoría sobre la existencia que permita que la vida sobre la tierra le proporcione felicidad”. La logia ofrece, amén de satisfacer la vanidad, un sistema cerrado, esotérico, organizado y pautado, una completa “teoría sobre la existencia”, que ejerce un seductor atractivo para quien olvidó que la razón y el fin de la vida humana es Jesucristo.

En el siglo XVII este sistema atraía aún con más fuerza a muchos espíritus alienados de la fe, que “fantaseaban” con las secretas actividades de los masones. Como explica el masón Churton:

“El comienzo del siglo XVII fue una época en la que los

intelectuales y no sólo ellos estaban fascinados por los símbolos y por el esoterismo. No podían evitar fantasear en torno a qué se habían dedicado durante siglos los francmasones. Aquella gente había comenzado a echar de menos algo del mundo medieval. En el tiempo de Ashmole existía entre la gente educada un difundido sentimiento de que algo vital perteneciente al mundo antiguo sin duda se había perdido (y era necesario recuperarlo: véase por ejemplo la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon, de 1627), al igual que el mundo de los monasterios, con todo lo que implicaba, y la época de la caballería también se habían perdido. Los inicios del siglo XVII contemplaron el nacimiento de un nuevo interés en la mitología de la Atlántida, en la alquimia, y en la idea hermética de una ‘prístina teología’: aquellos granos de la sabiduría original que habían pasado de una generación a otra desde la primera antigüedad a través de círculos herméticos de iniciados. Quizás, convertirse en un masón aceptado en la época de Ashmole era una manera de aferrarse a un cierto sentido de raigambre, mientras el Estado estaba ocupado decapitándose a sí mismo después de un siglo de alborotos religiosos”.

Aquellos hombres echaban de menos “un suplemento de espíritu”, añoraban la época de los monasterios y de la caballería, pero no pasaba por su mente acudir a la fuente que había generado aquellas suspiradas instituciones. Al contrario, aquel anhelo les empujaba a buscar el ideal hermético y mágico.

Como señala Churton al final de su cita, los enfrentamientos religiosos de aquella época (que produjeron en las almas un escándalo que aún perdura) estaban detrás de la aspiración a encontrar una “prístina teología”, una teología original, anterior a la revelación, que satisficiera su apetito religioso sin encerrarles en una “secta” más.

Lo anterior nos permite en cierta medida comprender cómo sucedió esa seducción, pero no la justifica.

El hombre, en cuanto criatura de Dios, está obligado por la Ley natural a buscar el último fin que Dios mismo le ha asignado, y a

hacerlo con los medios que Dios ha puesto a su alcance mediante la Revelación. Ese último fin de todo hombre es la posesión de la gloria de Jesucristo, y los medios para alcanzarlo son los de la gracia de Jesucristo. De modo que el hombre que rechaza su fin sobrenatural (en nuestro caso, quien se afilia a la masonería) infringe el propio orden natural, y eso por partida triple:

- Toda criatura está obligada, por la ley natural, a buscar su fin último, pero el hombre, al margen del orden sobrenatural, no tiene otro fin último en el orden natural. Si no logra su fin sobrenatural, se frustra también en el orden natural.
- Por la ley natural, el ser humano está obligado a obedecer a Dios, su creador. Siendo así que el Creador ha querido que el hombre conociera mediante la Revelación –revelación rodeada de pruebas suficientes para cualquiera– su voluntad de elevarle a la vida sobrenatural, si el hombre la rechaza, también infringe su obligación natural hacia Dios.
- Por todo lo anterior, cuando el hombre rehúsa los fines y los medios sobrenaturales se vuelve incapaz de cumplir el resto de sus obligaciones morales naturales. Sin la gracia, el hombre no puede evitar durante mucho tiempo infringir la moral natural.

Esta es la situación de quienes menosprecian la voluntad de Dios y el orden de la gracia: violan la ley divina, conculcan la ley natural, se imposibilitan para alcanzar su fin último y se vuelven impotentes en el mismo orden moral natural. Objetivamente hablando, la última consecuencia es la menos grave, pero desde el punto de vista de la pretensión masónica de ser una escuela de ética, resulta sangrante. La masonería promete hacer hombres mejores, cuando en realidad se convierte en el mayor obstáculo para la perfección de sus miembros.

La religión reducida a moral

En 1517, el surgimiento del protestantismo inició una crisis religiosa y social que se convirtió en permanente tras la firma de los

pactos de Westfalia en 1648. En aquellos tratados se aceptó como un hecho fatal e inalterable el que los antiguos habitantes de la Cristiandad (a partir de entonces, “los europeos”) ya no podían ponerse de acuerdo sobre el contenido de la religión cristiana. A partir de ese momento se instaurará una primacía de la moral sobre las diferencias dogmáticas. Esta corriente no sólo afectó al mundo protestante, sino también, de forma muy intensa, a la parte católica de Europa. La enseñanza que se derivaba de aquellos tratados de paz era que cada país debía conservar la forma de religión que había abrazado y que en adelante el lenguaje común para entenderse entre ellos no sería ya el dogma, sino una “moral común”. En la práctica la moral adquiriría una preeminencia sobre la fe: se convertía en el único terreno firme y compartido, que no era fuente de conflictos y divisiones.

Téngase en cuenta que en los acuerdos de Westfalia daban carta de naturaleza a algunos hechos muy significativos:

- a) Se aceptaba como hecho inalterable la diferencia de religiones;
- b) Se aceptaba que los diferentes reinos tienen, de suyo, distintas religiones. Se fija un criterio historicista: al momento de la firma de los acuerdos determina que unos países o principados seguirán una religión y los otros, otra. La religión de los súbditos deberá ser la de la nación. Aunque este principio también estaba recogido en la paz augsbúrguica de 1555, en los acuerdos de Westfalia se pretende darle una fijeza inalterable;
- c) Algo muy significativo y novedoso: se excluye a la Santa Sede de la firma del acuerdo. El Papa Inocencio X, promulgó el Breve *Zelo domus Dei* (1648), con el que denunciaba los acuerdos y los declaraba nulos en lo que tocase los derechos de la Iglesia católica. El emperador, supuestamente el monarca católico por antonomasia, impidió que el Breve se publicara en sus reinos y el rey de Francia, a través del Cardenal Mazzarino, hizo lo propio.

Estos tres factores sellan la convicción de muchos de que no nos es posible conocer realmente cuál es la voluntad de Dios, ni qué

medios nos proporciona para alcanzarla. Este es el escándalo fundamental del que se derivan muchos otros.

A partir de entonces la moral se va a convertir en la lengua franca de la civilización europea. Ya no parece legítimo hablar de diferencias de religión, que deben quedar para lo íntimo de cada conciencia. Lo único razonable es exigir el cumplimiento de las normas morales generales que se deducen del Evangelio.

El ex dirigente del Comité Central del Partido Comunista británico Douglas Hyde, escribió que “durante algunos siglos se había dicho a los hombres que no importaba lo que creyesen: con tal de que fueran ‘hombres buenos’ podían creer en cualquier cosa. Esto ha conseguido que la mayoría de los hombres no crean en nada”. Realmente ha sido así: en una gran cantidad de casos, los cristianos de Europa, aunque siguieran profesando la religión católica, habían sido escandalizados en su interior, y aun conservando el nombre de cristianos, se habían ido apartando de la sencilla esperanza en Jesucristo, su premio en el Cielo y viático en la tierra, para confiar cada vez más en el empeño de lograr una vida recta y exitosa. Esa aspiración, prescindiendo de la gracia, significó la indiferencia generalizada de las almas hacia Jesucristo.

El cristiano que ingresa en la logia no ha conocido la riqueza de la vida espiritual y, por esa vía, se entrega a una forma de religiosidad que no es sino una reformulación de la vieja tentación pagana. Como decía Albert Pike:

“La masonería enseña y ha preservado en su pureza los contenidos cardinales de la vieja religión primitiva, que subyacen y constituyen la fundación de todas las religiones. Todas las religiones que han existido han tenido una base de verdad, pero todas han enterrado la verdad bajo el error”.

Esa religión pagana no oculta su desprecio por las religiones “que han enterrado la verdad bajo el error”, bajo el dogma. La masonería se preocupa de enseñar, como hemos indicado abundantemente, cómo ésta se puede conciliar con cualquier credo, pero deja claro que en ese caso hay que “desenterrar la verdad” oculta tras el dogma de la religión: “Persuádetes —dice Godfrey Higgins— de que

Dios está igualmente presente en el templo con el piadoso hindú, en la sinagoga con el judío, en la mezquita con el mahometano y en la iglesia con el cristiano”.

Un hombre de buena voluntad puede, ingenuamente, pensar que la masonería trata sólo de temas filantrópicos y humanitarios, dejando inalterada su fe cristiana. Se engaña, y si no recapacita, ese engaño acabará por separarle definitivamente de Jesucristo. El “hermano” Dantón explica nítidamente la filosofía de la religión que adquirirá el masón dentro de esa sociedad filantrópica. Para este Dantón, cualquier religión es una creación humana en la que hay que

“catequizar con la verdad revelada, hay que prescribir reglas, hay que predicar los dogmas constituidos, hay en fin que crear un terrible lecho de Procusto al que se ajuste la conciencia humana”.

Frente a esa cerrazón de las religiones, el masón aprende que la masonería

“ha seguido una senda opuesta; no ha hecho ostentación de sus principios, no ha conminado con penas, no ha sentado dogmas inmutables ni ha cercado su campo, sino que, fijándose en el hombre, en quien no ha podido menos que reconocer el sentimiento de la sociabilidad, se ha constituido en sociedad para que los fines humanos se cumplan con mayor perfección; deja a todos amplia libertad de conciencia y ofrece la reforma a medida que el tiempo lo vaya exigiendo”.

El masón que se dice cristiano reduce su religión a unas cuantas reglas de conducta y la despoja de su auténtica consistencia. La reducción de la religión a mero código moral y la progresiva rebelión de la naturaleza contra la gracia, son algunas de las consecuencias prácticas del naturalismo. Como decía el Padre Denis Fahey, la masonería es una forma de “naturalismo organizado”.

El error masónico de pensar que la moralidad es suficiente sin la fe dogmática no sólo se opone a la inmemorial doctrina católica, sino también al buen sentido. Todo principio moral consiste nece-

sariamente en un dogma puesto en práctica. Más aún, como Dios ha revelado a los hombres sólo una religión y la ha hecho obligatoria (haciendo que los hombres puedan conocerla), es una contradicción intentar llevar una vida virtuosa rechazando aquellas verdades divinas. Para quienes así piensan, el hombre para ser virtuoso debería infringir la primera y más importante de sus obligaciones: la de obedecer a Dios. Una doctrina y una organización que aspiren a eso son engañosas usurpaciones que anuncian una sólida moralidad autónoma, cuando en realidad generan una completa inmoralidad.

El “católico indiferente”

Pero al católico no le basta con eludir la logia: fuera de ella se extiende cada vez más ese pensamiento dominante indiferente hacia Jesucristo. Esta expansión viene a suponer una afiliación “pasiva”, no ya a la masonería, pero sí a la doctrina profesada por ella. El peligro no es sólo el “naturalismo organizado”, sino también, y seguro que en mayor medida, el “naturalismo desorganizado” que hoy impera creando una atmósfera incompatible con la vida de fe.

Hace más de setenta años, el Padre Edward Leen describía el peligro de este “naturalismo desorganizado”:

“Un considerable número de cristianos está permitiéndose absorber unos principios que minan la construcción del pensamiento cristiano. No se dan cuenta de que para el cristianismo es mucho más peligroso vivir en una atmósfera de naturalismo que estar expuesto a la persecución directa. En los viejos tiempos del Imperio romano, los que se alistaban bajo el estandarte de Cristo veían, con una claridad lógica, que estaban obligados a cortar amarras con la vida social del mundo en el que vivían: con sus gustos, con sus costumbres, con sus entretenimientos. La línea de demarcación entre la vida pagana y la vida cristiana era cortante, claramente definida y evidente. Los cristianos modernos no están en una situación tan favorable. El armazón de la organización social cristiana aún

sobrevive (n.d.a: en 1939). Esta organización da la impresión de ser tan sólida e imponente que fácilmente nos pasa desapercibido el hecho de que ha perdido su alma. Bajo el refugio de esa organización vital creada por el cristianismo se han infiltrado costumbres, modos de comportarse, hábitos de pensamiento, quizás aún más antagónicos con el espíritu del cristianismo que las costumbres y las maneras de la Roma pagana”.

El Padre Leen analizaba el modo de difusión de ese pensamiento:

“Esta infiltración de un paganismo post-cristiano ha sido continua pero lenta, y su avance resultaba imperceptible. El cristiano de hoy en día piensa que está viviendo en una civilización cristiana. Sin prevención, sigue la corriente de la vida social a su alrededor. Sus diversiones, sus placeres, sus anhelos, sus juegos, sus libros, sus periódicos, sus ideas sociales y políticas son prácticamente las mismas que las de las personas con las que se junta y que pueden no conservar ni un vestigio de principios cristianos en sus mentes. Sólo se diferencia de ellos en que mantiene algunas creencias religiosas distintas y en que se aferra a algunas prácticas religiosas diferentes. Pero aparte de eso, en lo que llamamos mundo civilizado, no existe ningún contraste llamativo entre la conducta vital visible de un cristiano y de un no cristiano. A los cristianos les divierten y les interesan las mismas cosas exactamente que atraen a los que han abandonado toda creencia en Dios. El resultado es un creciente divorcio entre la religión y la vida en el alma del individuo cristiano. Poco a poco su fe deja de ejercer un efecto determinante sobre el conjunto de las ideas, de los juicios y de las decisiones en lo que él considera su vida puramente “profana”. Su fisonomía, en cuanto ser social, no conserva ya traza alguna del efecto formativo de las creencias que profesa. Y rápidamente su fe se convierte en algo heredado por tradición, una rutina, y deja de ser algo hacia lo que se dirige la mirada en busca de una fuente real de vida”.

La estremecedora claridad del diagnóstico de Edward Leen

pone el dedo en la llaga: el cristiano de hoy –de hace ya mucho tiempo– no siente ya prevención ante la “corriente de la vida social que le rodea”. Siente que tiene ciertas peculiaridades, lo mismo que cada uno tiene ciertas costumbres familiares, pero éstas son irrelevantes a la hora de determinar “las decisiones en lo que él considera su vida puramente *profana*”. Así y todo, no percibe que una sociedad cristiana pudiera ser esencialmente diferente a la sociedad actual. De hecho, *ésta es* una sociedad cristiana para muchas personas.

A la luz, por la Cruz

Un libro sobre la masonería escrito por un católico que se limitara a describir objetivamente la doctrina masónica, constatando que la Iglesia ha prohibido la afiliación a esa organización y explicando las razones de esta prohibición, sería un libro incompleto. Por más que descendiese a muchos detalles sobre la incompatibilidad de ambas instituciones, si finalmente se abstuviera de recordar que no se trata sólo de evitar una organización que niega la verdad de la religión de Cristo, sino que es necesario vivir la filiación divina que nos proporciona Jesucristo, sería un libro a medio terminar.

He revisado la doctrina que rezuma la masonería. He dejado al margen otros temas muy interesantes, como son las particularidades de los altos grados, la posibilidad de existencia de otras formas de organización dentro de la misma masonería –de masonerías dentro de la masonería– y lo he hecho deliberadamente. Porque sólo me interesaba exponer la masonería a secas, la masonería que conoce todo masón. Las actividades o las doctrinas que sólo afectan a algún grupo determinado de la masonería son irrelevantes a la hora de responder a la pregunta ¿qué es la masonería? De hecho, los papas –salvo menciones ocasionales, a los *carbonarios* o los *universitarios*– hablaron de la masonería en general, de la masonería en sus rasgos esenciales y al condenarla condenaron la masonería sin particularidades.

Después de conocer la naturaleza de la masonería y de ver las razones por las que fue condenada, en este capítulo final he señalado la patología del cristianismo que ha permitido la desertión de

tantos católicos inscritos en las logias y que hoy favorece otra defeción aún más amplia, la de los católicos para los que su fe no es más que una peculiaridad familiar, sin incidencia real a la hora de determinar sus criterios y sus decisiones en la vida diaria.

Llegados a este punto me servirá todavía de las palabras cristianas del Padre Leen, para decir que el cristiano sincero tiene que darse cuenta “de que debe reaccionar violentamente contra el medio en el que vive”, de que “uno no puede ser un auténtico cristiano y vivir como vive la masa de los hombres en la sociedad civilizada”. Urge que los cristianos tengan un cambio de actitud hacia su fe, que se vuelvan a ella para pedirle la vida, que vivan de ella:

“No es en las fuentes del mundo, sino en las ocultas fuentes de la fe donde los hombres encontrarán refrigerio, luz y paz, en una palabra: la vida”.

“Vuestra fe, la fe cristiana –insistía Edward Leen– hasta ahora no ha sido para vosotros todo lo que podía y debía haber sido”. Es, pues, urgente vivir de la fe, para lo cual hay que romper con el ambiente:

“¿Es acaso posible respirar un aire contaminado sin que nuestros pulmones se vean afectados por él? El cristiano de hoy, nace y crece en una sociedad prácticamente descristianizada del todo. Su sistema de pensamiento, que determinará sus criterios, sus gustos y sus juicios en todos los asuntos de importancia, se corrompe de manera gradual por los errores dominantes en la sociedad. Estos errores flotan como gérmenes malignos en los medios por los que se transmiten ideas a la mente: en libros, en obras de teatro, en películas, en periódicos, en conferencias y en cualquier otro medio usado para propagar las ideas humanas [sobre todo en la televisión, n.d.a]. El cristiano que, bajo la acción de la gracia divina, encuentra la fuerza y el coraje para revolverse contra los criterios de valor dominantes, de un modo instintivo se vuelve hacia los santos en busca de un esquema vital satisfactorio”.

A muchos de nosotros, católicos del siglo XXI, nos suena anacrónica y fuera de toda relación con la realidad esta invocación de los santos como ejemplo para la vida cotidiana. Vemos claro que tenemos otros ejemplos más a mano, a los cuales nos ajustamos, pero los santos... Leen insiste:

“Los auténticos hombres son los santos, y sólo ellos han sabido realmente en qué consiste la vida”.

En qué consiste la vida... Ése es precisamente el argumento que hemos utilizado para dar la espalda a los santos: “sí, pero la vida es otra cosa...” De un modo suicida, los cristianos —en particular en estos últimos cincuenta años— hemos pensado que la vida tenía que ilustrar nuestra fe, y se nos ha ocurrido que “el mundo” era experto en la vida, que nos podía enseñar. Nos hemos vuelto hacia el mundo para aprender a vivir, y la fe se ha vuelto cada día más alejada de la vida, como confirmando nuestra intuición: aprendamos antes a vivir, para vivir la fe. Pero lo que en realidad ha ocurrido es que nuestra fe cristiana no ha sido para nosotros todo lo que podía haber sido: para los que llaman a la puerta de la logia y para los que se dejan llevar por los esquemas del mundo, para los que viven una fe a duras penas.

Siguen resonando las palabras de Jesucristo: “Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados”, “He venido para que tengáis vida y vida abundante”; palabras, por cierto, predicadas a la luz del día, no como las falsas promesas de la masonería: “He hablado al abierto, ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a ocultas”.

Hoy —cuando parece más improbable— la fe sigue siendo la victoria que vence al mundo.

Ése es el mensaje de este libro para quien permanece en la logia y para quien considera la posibilidad de entrar; para quien vive conforme a los dictados del pensamiento del mundo y para el cristiano que soporta la fe sin vivir de ella:

“Fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos con las armas de Dios para poder resistir las asechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra (...) los Espíritus del mal que vagan por los aires. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes. ¡En pie, pues!: ceñida vuestra cintura con la Verdad, y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la Paz, con el escudo de la Fe siempre en las manos, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad también el yelmo de la Salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos” (Ef. 6, 10-18).

La esencia de la masonería es el naturalismo y la esencia del cristianismo, la vida sobrenatural. A nosotros nos corresponde la elección.